

Óscar Bustamante: *El Jugador de Rugby*.
(Santiago: Alfaguara, 2008).

ÓSCAR BUSTAMANTE: *EL JUGADOR DE RUGBY*

Arturo Fontaine T.

1. **S**e abre la puerta del Buick y Antonio queda ante la escalinata de un internado inglés, un colegio conventual católico, Glee Hill. Sus padres, chilenos como él, lo han venido a dejar. Antonio aprieta una piedra negra que guarda en el bolsillo. La “recogí”, escribe, “en el río esa tarde (en) que fui a despedirme de un mundo que yo sospechaba no volvería a habitar nunca más. El sol se escondía detrás de los cerros en medio de aquel silencio de tristeza que casi se podía apresar con los dedos. Entonces, la piedra del tamaño de un huevo de codorniz brilló en el fondo del pozón. Fue apenas un destello, como el anuncio de la primera estrella en el cielo. Me sumergí en la oscuridad del agua y ella volvió a lanzar otra luz para guiarme a su lecho; la recogí y luego, de espaldas, me dejé llevar por la corriente”. Cuando “el Buick se perdía bajo las encinas” del colegio y mientras “el círculo de gringos lentamente me cercaba ... apreté mi piedra negra dentro del bolsillo del pantalón, tan fuerte, que sentí que me la iba a incrustar en la piel”. Un segundo después, rodeado, vio que uno de ellos “se tomó la nariz con los dedos y puso cara de asco y su ‘South American shit’ lo entendí,

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. A. y M. Phil. en Filosofía, Columbia University. Director del Centro de Estudios Públicos. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile. Autor de los libros *Nueva York* (poesía) (Editorial Universitaria, 1976); *Poemas Hablados* (poesía) (Francisco Zegers, Editor, 1986); *Tu Nombre en Vano* (poesía) (Editorial Universitaria, 1995); *Oír su Voz* (novela) (reeditado por Alfaguara, 2003) y *Cuando Éramos Inmortales* (novela) (Editorial Alfaguara, 1988).

Estudios Públicos, 110 (otoño 2008).

porque siempre se sabe cuando a uno lo están basureando. El coro de carcajadas revoloteó a mi alrededor. Los veía, pero al mismo tiempo, no los lograba distinguir...” (pp. 13 y 14).

Estamos en la primera página y ya la novela se ha echado a andar, ya queremos saber qué va a pasar.

Me detengo en la última observación: “Los veía, pero al mismo tiempo, no los lograba distinguir...” Antonio los ve como grupo, pero no como individuos. Esto, debido a su turbación y miedo de recién llegado. También debido a la inmensa distancia que lo separa de ellos. A medida que pasen los días esa masa indiferenciada se irá llenando de individuos totalmente distintos entre sí. Pero por ahora sus rasgos personales se disuelven en el colectivo. Y, claro, él es para ellos un extranjero, un “South American shit”, un joven de “piel blanca más oscura”. En la novela abundan situaciones en las que, como la que comento, ante un mundo social ajeno perdemos la captación de las personas que la componen y las vemos simplemente como partes de un todo amenazante y hostil. Esto es lo que le sucede a Antonio cuando llega como jugador de su nuevo colegio, Glee Hill, a medirse con el Derby High School. Este equipo contrario tenía “aspecto muy rudo”, con “su camiseta negra con escudo y pantalones blancos que brillaban como la nieve. Todos tipos grandotes y de piernas lampiñas que semejaban venir saliendo de un barril de leche, a excepción de un par de colorines con las mangas arremangadas y orejeras negras, a quienes daba miedo mirar”.

La mirada del que no pertenece, del afuerino, y su contrapunto con las miradas de los que sí pertenecen y se detienen en él. A veces, para acogerlo. Pero más frecuentemente, para dejarlo afuera.

Entonces, Antonio, aprieta en el bolsillo la piedra negra que trajo del río.

2. *El Jugador de Rugby* pertenece a la frondosa tradición de las novelas de formación. Los alemanes llaman a una novela de este género un “Bildungsroman”, novela de formación, de educación o aprendizaje. Este género moderno se inicia con *El Aprendizaje de Guillermo Meister* de Goethe. Pero hay antecedentes anteriores como el *Emilio* de Rousseau. Un precursor sería San Agustín, con sus *Confesiones*. Este libro es un relato autobiográfico en el que el autor cuenta el proceso que lo lleva a convertirse al cristianismo, siendo ya un joven adulto. Escrito en primera persona, su tono es íntimo, confesional y reflexivo. El lector participa de una evolución que lo lleva pasando por revelaciones e iluminaciones, tiempos de sufrimiento e incertidumbre vital, hasta dar, finalmente, con un estado de cristalización madura. Aunque no es una obra de ficción anticipó muchos de los parámetros de la novela de formación moderna. Ejemplo paradigmático de

novela de formación es *David Copperfield* de Dickens. *Las Tribulaciones del Estudiante Törless* de Musil es otro caso. También el *Retrato del Artista Adolescente* de Joyce y *En Busca del Tiempo Perdido* de Proust. En estas dos últimas novelas el puerto de llegada del protagonista, es la cristalización de su vocación de escritor.

El viaje hasta el puerto, cualquiera sea el puerto, está lleno de “epifanías”, para usar el término de Joyce, es decir, de momentos en los que ocurren descubrimientos intensos, verdaderas manifestaciones. La expresión de Joyce —“epifanía”— viene del griego y alude a la manifestación de un dios o de lo divino. En la liturgia cristiana el tiempo de epifanía viene después del nacimiento de Jesús, con la llegada de los reyes magos, pues entonces lo divino se ha manifestado y es reconocido.

En el viaje de la novela de formación se trata de hallazgos, descubrimientos y reconocimientos personales. A menudo equivalen a los cimientos de esa formación que el protagonista está construyendo mientras dura la novela. Hay muchas otras grandes novelas de formación: *El Guardián en el Centeno* de Salinger —creo que cabe dentro del género— y *El Lamento de Portnoy* de Philip Roth, por mencionar dos escritores de América del Norte. En la literatura en lengua castellana yo destacaría tres novelas de este tipo: *La Ciudad y los Perros* de Vargas Llosa, *El Peso de la Noche* de Jorge Edwards y *Un Mundo para Julius* de Brice Echenique.

3. Antonio tiene talento para la pintura. Óscar Bustamente escribe con ojos de pintor. Los compañeros de clase, sabemos, le resultan impenetrables. Pero el protagonista no lo diría así. Habla, más bien, de “lo que esconden tras sus ojos de acuarelas”. Otro ejemplo: “El Father Leven tenía la boca abierta como si le hubieran sacado una muela” (p. 133).

Abundan en esta novela las “epifanías”. Antonio va en tren entrando a la estación, en Londres: “De pronto, las dos vías de rieles se convirtieron en un inmenso río de metal. El tren buscaba su cauce dando bruscos movimientos...” (p. 185). Aquí hay otra: “...el reloj de péndulo que segundo a segundo esparcía sus gotas de tiempo por el salón” (p. 121). Esto es escribir. Mr. Brown, el profesor de arte del colegio, les ha enseñado que la belleza tiene que ver con la revelación. La escritura de Bustamente ilumina, descubre. La mala escritura pasa por encima de las cosas nombrándolas sin verlas, sin que se las sienta. Resulta insípida, desabrida. La escritura en esta novela tiene gusto, tiene sabor.

Narra el propio Antonio y poco tiempo después de los hechos. El puerto al que ha llegado es transitorio e inseguro. No ha logrado todavía una cristalización de su personalidad. Todo puede cambiar y, probables-

te, va a cambiar. Su maduración no ha terminado. Como Haulden Caulfield tiene sólo diecisiete años cuando escribe y al interrumpir sus estudios, busca la gran ciudad, Londres en su caso.

4. La trama se teje a partir de dos hilos argumentales principales: el conflicto de dos patotas del colegio y el acoso de que es objeto Antonio. A ello se agrega, diría, su evolución como jugador de rugby y su significado, y, por supuesto, “ella”, con sus ojos verdes y la nariz pecosa.

Harrison, el jefe de la patota enemiga, es un joven de “mirada helada”, fuerte, guapo, más bien callado, misterioso y que infunde indudable respeto y temor. Le lanza a Antonio “ojeadas” de “esas que se cuelan como viento sur dentro del cuerpo”. Y, más adelante: “Sus ojos se metieron en los míos y fue como si con una cuchara me estuviera escarbando el cerebro” (p. 257). Le desliza una nota a Antonio en el bolsillo. Dice: “Bastardo. Fútbol es solamente un juego. Rugby, más que un deporte. Mujeres, sólo ilusiones y problemas, y tú, ¿qué puedes ser si no un maldito intruso que viene de ninguna parte?” Lo que no le impide a Harrison interpretar con originalidad un soneto de Shakespeare.

El jefe de la pandilla rival, a la que se integra Antonio, es Reed, un intelectual descreído, un insolente que rechaza la noción de “pecado” y acepta la homosexualidad invocando a los clásicos, que saca a colación a cada paso dichos latinos (los traduce rápidamente), y está lleno de sentido del humor y de arriesgada astucia. Aquí lo tenemos ante un buey: “¡Mira este adefesio! —gritó de repente—. Una masa enorme de carne y huesos que no tiene conciencia alguna de sí misma. Es una vergüenza, me da asco mirarlo. Obsérvale la cara’. Luego cruzó una mano sobre mi espalda y, acercándome al buey, me dio un mensaje sumamente importante: ‘Mira, Antonio, así éramos también nosotros hace un tiempo. Algo hemos avanzado. Y pensar que todo esto comenzó cuando el *Australophitecus Robustus* levantó la cabeza’ ”.

A su lado está Vinsky, un exiliado y melancólico polaco, de “ojos tan grandes que casi no le caben en la cara” (p. 107). Lee infatigablemente a Conrad, para él Korzeniowski. Será el más cercano de Antonio, que también está sumido en la nostalgia por su tierra. El retrato de Vinsky lo hace Bustamente a través de la descripción de su pieza, un dormitorio oscuro en la modesta casa de su madre en Londres, uno de los grandes aciertos literarios del libro. Allí Vinsky, entre discos, libros y hojas desperdigadas con sus escritos poéticos, practica la esgrima contra un maniquí de costurera, con un cambucho rojo y huecos negros en los ojos, que se bambolea lleno de tajos por los que asoma el aserrín. Hay un momento en el que mientras el

disco sigue dando vueltas en el surco, Vinsky clava el sable en el suelo y lo deja oscilando. Las luces que dan en su filo se van reflejando en el muro. La madre del polaco, que tiene manos cuyos dedos delgados se mueven “como las patas de una araña” (p. 107), es atractiva y toca el piano. Pero la figura de Vinsky es incomprensible si no se la recorta contra la del padre, un noble muerto sable en mano en una carga de la famosa Caballería polaca contra los panzers de Hitler.

Para Antonio, la lucha más ardua, la lucha inmisericorde, se da en los patios y dormitorios del colegio. El arma de Reed contra Harrison será la simulación, el ardid y la trampa psicológica. De alguna manera usa a Antonio, que sabe boxear, en su campaña contra el dominio de Harrison. Comenta con ironía “la poética del arrojo” (pp. 24 y 25) que se cultiva en estos internados, pero a su modo es parte de ella. La guerra de los dos bandos va escalando y escalando hasta alcanzar grados extremos de crueldad y violencia.

5. “El rugby es una lucha sin otra retribución que la alegría” (p. 55), dice el Padre Leven que entrena al equipo. “A un centro enemigo”, le dice a Antonio, “hay que bajarlo de frente para que sienta miedo de que lo vuelvan a bajar así” (p. 161). Father Leven fue piloto de la RAF durante la Segunda Guerra. Su Lancaster fue derribado en Francia. La foto del bombardero está en su oficina, cerca de su escritorio y de un Cristo. Bajo su dirección Antonio llegará a ser, junto a Harrison, uno de los dos mejores jugadores del equipo. Pese a la rivalidad entre ambos, en la cancha se entienden. “No cruzamos palabra, pero los pases que le hice llevaban esa mirada que hay que darle al compañero para señalarle dónde debe recogerla” (p. 166).

Father Leven le transmite a Antonio enseñanzas decisivas en un “public school”. El rechazo a la lástima de sí mismo, el coraje, el sentido de la propia dignidad, la determinación y la entrega, la importancia del carácter. Esto ocurre a propósito del deporte, pero también con ocasión de un robo de manzanas o, simplemente, porque ve su desolación y su miedo. “Si persistes en tenerte lástima puedes agravar tu tristeza, y con ello tipos como Harrison y Reed”, le dice, “te pueden hacer papilla. Tienes que sobreponte y una de las armas que tienes para salir adelante es ser fuerte en la cancha de rugby, pedir la pelota, imponer tu presencia...’ y me lanzó una pelota a las manos que no pude atrapar y quedó dando botes en el piso. Me sentí un idiota. Se acercó y puso una mano en mi cuello” (p. 145).

Esa mano en el cuello es el peligro. Acercó tanto la cara que casi “su frente rozaba la mía”. Le dice: “Quiero que me prometas que te convertirás

en un hombre y que dejarás de sentir pena de ti mismo”. Antonio lo promete y cuando va a abrir la puerta siente que el cura lo apresa. “Con el Father atrapándome la cintura y su cara sumida en mi cuello, me dejé estar y lloré... lloré en los brazos del Father y me odié por ello. Comprendí que mi llanto abría una puerta a un túnel del que ninguno de los dos tendría escapatoria” (p. 46).

Father Leven es el encargado del *caning*, disciplina que practica armado de una varilla de bambú. Antonio recibirá un sinnúmero de varillazos. En esos instantes Father Leven se transformaba. “Los ojos se le achicaban”, “no dejaba de hacer muecas”, “la piel de la cara se le llenaba de manchas blancas”, “la boca perdía la sonrisa y los labios se convertían en cuchillos morados” (pp. 36 y 146). Castiga entonces a Antonio, lo castiga con rencor, por ser quien despierta deseos tan impetuosos como prohibidos.

El acoso —el acoso sexual de un cura— se explora aquí con toda su carga de humillación, ponzoña, martirio moral, inhibición, culpa y sometimiento. Antonio no siente atracción por el cura. Pero sí admiración y cariño. Ha sido quien le ha dado las armas que lo protegen, como el rugby. Es una figura en muchos sentidos viril y ejemplar. El combate en el alma del cura es feroz. Porque él sabe que no debe hacer lo que quiere hacer y se sujeta y lo hace y se sujeta de nuevo.

Bustamente construye un personaje inolvidable, con sus blancos, sus grises y sus negros. “He pensado en Father Leven muchas veces”, escribirá Antonio tratando el pobre de comprender lo que sucede. “Hay días en que lo odio, pero hay algo en sus ojos, hay gestos, hay sonrisas que me hacen quererlo, y esas veces echo un manto sobre lo malo, sobre lo que yo sé que es oculto y que él tampoco puede evitar y que lo hace odiarse a sí mismo” (p. 144). A veces, Father Leven queda tan molesto consigo mismo que da la impresión de que “un animal horrible lo hubiera baboseado” (p. 57).

6. Por otro lado, Antonio sentirá que la madre de su amigo Vinsky lo acoge. Algo parecido le ocurre con la ama de llaves de la casa palaciega del padre de Harrison en Londres. Ella piensa que es un italiano. Una mujer del Soho lo quiere. Las mujeres de la novela se fijan en Antonio y lo guarecen. El joven es apuesto y se acerca a ellas con respeto, incierta timidez, tacto y más de algún encanto.

Harrison y Antonio se encontrarán buscando los dos a la misma muchacha de ojos verdes y nariz pecosa que va los domingos a misa a la abadía del colegio. Noten esta escena. Ellos están juntos y ella se despidе: “...sus ojos”, escribirá Antonio, “bailaron y la sonrisa se esparció por el

prado, como si la hubiese lanzado al aire igual que una pelota en el *line out*, para el que fuese capaz de atraparla” (p. 180).

Los rivales se respetan. Pero la lucha sin cuartel entre sus bandos los sobrepasa. Ni siquiera esa antigua institución escolar, el colegio Glee Hill, será capaz de contenerla y canalizarla. El conflicto se hará odioso y los desbordará a todos.

Óscar Bustamente ha inventado una ficción angustiosa, inteligente y conmovedora, una novela difícil de soltar. *El Jugador de Rugby* es un libro, diría, de una “belleza terrible”. □